

era este demonio Júpiter indiano muy reverenciado con este género de honra. Verdad sea (según Orígenes)<sup>8</sup> que los persas creían hacer gran sacrificio a Júpiter, subiéndose sobre la cumbre de una muy alta sierra y nombrando desde allí a Júpiter, círculo del cielo. Entonces le quemaban los sacrificios con leña de álamo blanco (como dice Pausanias)<sup>9</sup> y en estas regiones se le ofrecía su incienso en brasas de encina; y en el primero de febrero se le sacrificaba una oveja, y los primeros días del año, cuando los cónsules recibían el oficio de su consulado, le mataban cierta cantidad de novillos no domados, y en los idus de los meses una cordera (según Festo<sup>10</sup> y Ovidio<sup>11</sup>), y en los días de las ferias se le sacrificaban un carnero. Todo esto se le ofrecía a este demonio Júpiter de los gentiles pasados; pero de estos indios no sólo se contentó con que se le ofreciesen y sacrificasen animales irracionales y aves, como eran codornices y otras de otras especies, pero añadió al sacrificio la sangre humana que se derramaba en ésta y otras fiestas que se le hacían.

CAPÍTULO XVI. *De la fiesta que se celebraba en este mes toxcatl al dios Huitzilpuchtli, llamado de los antiguos Marte*



ARTE, DIOS DE LAS BATALLAS, fue llamado de estos indios Huitzilpuchtli, cuya asimilación queda probada en el libro de la verdadera y falsa religión; y así no pretendo en este capítulo más que decir la fiesta que en este mismo mes se le hacía por estos gentiles (con que casi todo él era festivo), la cual era de esta manera. Hacían, para comienzo de ella, una estatua de masa de tzoahualli (que es una semilla comestible), de la estatura de un hombre, la cual ponían en un templo y altar llamado Huitznahuac, cuya hechura e intento se dirá en el mes quintodécimo, que era en el cual se le celebraba su solemne fiesta.<sup>1</sup> Esta imagen ponían en unas andas o tablado, el cual asentaban sobre cuatro maderos labrados, a manera de culebras, cuyas cabezas salían por las cuatro esquinas del cuadro, contrapuestas las unas a las otras, de tal manera que a todas cuatro partes había colas y cabezas. A la imagen (cuando la formaban) poníanle por huesos unos maderos de mizquitl (que es árbol preciado entre ellos por su fruta) y sobre este fundamento amasaban y fabricaban la estatua. Esto se hacía en el calpul o sala donde se guardaba la verdadera imagen de Marte o Huitzilpuchtli. Acabada de hacer, la componían con todos los atavíos de este guerrero dios, que era una ropilla o saltambarca de tela, labrada toda, y rodeada de semejanzas de huesos humanos, y luego le cubrían con una manta de nequén de tela muy rala; en su cabeza le ponían un sombrero a manera de lebrillo, más ancho de arriba que de abajo (de la forma de las

<sup>8</sup> Origin. lib. 5. contra Celsum.

<sup>9</sup> Paus. lib. 5.

<sup>10</sup> Festus de V.S.

<sup>11</sup> Ovid. de Fastis lib. I.

<sup>1</sup> Supra lib. 6. cap. 21.

gorras antiguas, aunque alto como bonete de clérigo, de los que ahora se usan), de papel, sobrepuesto de muy rica pluma y muy labrado, sobre el cual ponían un pedernal, a manera de hierro de lanza ensangrentado, e injerto en un cabo hecho de pluma, muy curioso, que representaba su furor para las batallas y contra los enemigos. Poníanle luego otra manta, curiosamente labrada de pluma rica, y por tuson una plancha de oro redonda, hecha de martillo; a los pies le ponían unos huesos fingidos de tzoHualli, que ellos llaman teumimilli, que debía de querer representar el poder que tenía sobre la muerte, aunque era falso, pues es criatura como todas las demás que Dios crió; si ya no es que quería decir que él trajo la muerte al mundo y la revistió al hombre, engañado de su astucia y malicia. Estos huesos cubría con la misma manta que estaba cubierto el ídolo, y en ella estaban labrados los huesos y miembros de una persona despedazada. A esta manta llamaban tlacuacuallo. Estas andas, con esta estatua y adorno, tomaban en los hombros los capitanes más valerosos de los ejércitos y las llevaban al cu y altar donde habían de estar, y la subían por las gradas con mucho tiento, con unas cuerdas, por razón de que las dichas andas no se ladeasen, ni fuesen con indecencia, sino firmes y derechas.

Delante de estas andas llevaban una manera de lienzo, hecho de papel, que tenía veinte brazas de largo, una de ancho y un dedo de grueso. Este lienzo, hecho de papel, llevaban muchos mancebos asidos con unas saetas con mucho recato, porque no se quebrase ni lastimase, todo pintado, en cuyas pinturas debían de ir escritas todas las hazañas que en su favor entendían haber hecho, y todos los blasones y epítectos que le daban en recompensa de las victorias que les concedía. Iban cantando delante de este falso dios sus hazañas y proezas, acto a solo dios debido, a quien los de su pueblo cantaron diciendo, dios de venganzas, que obra libremente; y otros (en otra parte), cantemos a Dios, que gloriosamente se ha mostrado, hecho un Marte divino y un castigador de maldades, anegando al rey Faraón y matando toda su caballería.<sup>2</sup> Pero no hay que maravillar, pues vamos probando, en toda esta obra, ser este maldito engañador un remedador de Dios y de todas las cosas a que se le puede asimilar, lo cual el mismo Dios le ha permitido y disimulado por sus ocultos secretos y juicios y por las cosas que su divina majestad se sabe. Llegado a lo alto del templo cogían y arrollaban este papel y, sentadas las andas en su lugar, le ponían así arrodillado a los pies del ídolo y se bajaban todos, quedando solos aquellos sátrapas y sacerdotes que eran de vela y guarda aquella noche hasta la mañana siguiente, que era el día de la fiesta. Esta procesión y baile venía a concluirse con la puesta del sol, y aquella misma hora hacían ofrenda de tamales y otras comidas a la imagen, y lo mismo hacían al amanecer de el día siguiente todos los de el pueblo en sus casas a los ídolos que tenían de este mismo dios Huitzilpuchtli.<sup>3</sup>

Luego que ponían las andas en su lugar hacían un sacrificio muy grande de codornices, el cual comenzaba el señor o rey que se hallaba presente,

<sup>2</sup> Psal. 93.

<sup>3</sup> Isai. 35.

arrancando las cabezas a cuatro codornices y arrojándolas a los pies de el ídolo. Tras el sacrificaban los sacerdotes (que según esto, en esta ocasión hacía el rey oficio sacerdotal), y tras de los sacerdotes sacrificaba todo el pueblo. Los escuderos y criados del rey, con toda la gente de guerra que se hallaba presente, cogían las codornices y asaban o cocían las necesarias para la comida de el rey, sacerdotes y ministros y las demás salaban, porque no se perdiesen, por tenerlas por cosa sagrada, por haber sido ofrenda de su dios. Llevaban todos braseros, y en el mismo cu encendían lumbre y hacían brasa, y echaban mucho copal o incienso, e incensaban con él al ídolo. Los incensarios con que incensaban eran de barro, a manera de cuchara, cuyo remate era hueco, y dentro tenían metidas pelotillas del mismo barro que sonaban como cascabeles a los golpes del incienso, como suenan las cadenas de nuestros incensarios (que hasta en esto quiso el demonio que se asimilasen los suyos con los nuestros, aunque variamos en la hechura, materia y forma). Los sátrapas y sacerdotes incensaban muchas veces al ídolo por intervalos de tiempo, según la ocasión lo demandaba y ellos tenían por ley o ceremonia introducido. Después de los sahumeros e incienso echaban toda aquella brasa, con que habían incensado, en un brasero o hogar redondo, dos palmos levantado de tierra, que estaba en medio del patio del templo, que llamaban tlexictli, que quiere decir ombligo de brasa o fuego.

Todas las doncellas que servían a este dios bailaban en esta fiesta, para cuyo baile se afeitaban las caras, poniéndose color en las mejillas y emplumándose los brazos, hasta los codos, de una pluma colorada muy rica, y sobre sus cabezas guirnaldas de maíz tostado, que llaman mumuchitli, a manera de azahar o flores muy blancas. Bailaban a las vueltas de estas doncellas los sátrapas y sacerdotes de este dios, los cuales llevaban emplumadas las cabezas con unas plumas blancas de garza o de gallina, y en la frente pendiente una rodaja de papel, a manera de rosa, los rostros entintados, y parte de ellos juntamente con los labios enmelados para que relumbrase y hiciese visos sobre la tinta. Cubrían sus partes secretas con unos paños menores de papel de estraza, que ellos llamaban amamaxtli, que son unos paños menores de papel. Llevaban en las manos unos cetros de palma, y en lo alto de él una flor de pluma negra, y en la extremidad inferior una bola de la misma pluma. A este cetro llamaban cuitlacochtli, por razón de la bola con que remataba; y cuando bailaban llegaban la bola de los cetros o bastones al suelo, como demostrando que hacían fuerza y se sustentaban en ellos. Las mozas llevaban en las manos unas cañas hendidas que llamaban tetchuitl, y pendiente de ellas un papel pintado de negro a manera de banderilla; esto era en la gente común y pobre, pero las hijas de señores y gente rica colgaban de la caña un sendal o toca muy delgada y muy labrada, de los mismos colores que iban los papeles. Dos escuderos estaban sobre aquel hogar o fogón, cuyo pretil o brocal era muy ancho, y guiaban la danza andando alderredor de él, y llevaban a las espaldas unas jaulas hechas de madera de pino o tea, que todo esto tenía su representación, y llamaban a este baile toxcachochola, que quiere decir saltos o baile

de la fiesta seca, por cuanto (como ya vimos) se hacía en orden de pedir agua, por la seca que había en este mes quinto, llamado toxcatl, que corresponde alguna parte de nuestro mayo. Los que tañían el teponaztli o tambor, con que les hacían el son para bailar, no estaban presentes como en los otros bailes comunes y ordinarios acostumbraban, sino en cierto aposento o sala metidos, de donde les tañían. De manera que se oía el son y no se veían las personas, ni instrumentos musicales. Toda la gente de palacio y hombres de guerra, así mozos como viejos, bailaban en otra parte, apartados de éstos, todos trabados de las manos y culebreando a manera de las danzas que los populares, así hombres como mujeres, hacen en Castilla la Vieja. Y eran las guirnaldas que llevaban sobre sus cabezas estas mozas y doncellas como los copillejos de flores que acostumbran llevar por mayo las mozas en tierra de campos. Y aunque iban mezclados hombres y mujeres, y asidos unos a otros de las manos, era todo con mucha honestidad, porque había hombres viejos y ancianos, señalados para estos días y actos, que con grande cuidado y vigilancia miraban a todos, y si se descomponían en algo, y a los que excedían castigaban con grande severidad y rigor. A esta manera de baile llamaban tlanahua, que quiere decir abrazados; y duraban estos bailes y danzas hasta la noche.

Para esta fiesta se elegía un mancebo de los esclavos, como también se elegía para el dios Tezcatlipuca, el cual nombraban el mismo día del año antes, juntamente con el que era consagrado para el otro dios. A éste llamaban Ixteocale, que quiere decir ojos del señor de la casa divina o del señor divino de la casa, y por otro nombre Tlacapehua, que es nombre del otro dios, compañero de este Huitzilpuchtli, cuya imagen era este cautivo, llamado también Teiccauhtzin, que quiere decir hermano menor, por cuanto tenían por mayor a Huitzilpuchtli. Estos dos mancebos (conviene a saber), el dedicado a Tezcatlipuca y este consagrado a Huitzilpuchtli, andaban juntos todo el año de su elección para el sacrificio de este día, pero había mucha diferencia entre los dos; porque al que representaba a Tezcatlipuca o Titlacahua, adoraban y reconocían como a dios, o como a imagen de aquel dios, cuyo principio y origen no conocían ni sabían, por no tenerle por cosa de este mundo visible, ni por mortal, sino por inmortal, criador y hacedor de todas las cosas; y a estotro, llamado Huitzilpuchtli, no adoraban ni miraban con este respeto, aunque le tenían por dios de las batallas y ayudador en sus guerras.

El día del sacrificio y muerte de este esclavo (que era el de esta fiesta) sacábanlo muy aderezado con atavíos muy vistosos, aunque poco costosos. Vestíanlo todo de papeles pintados con unas ruedas negras, y en su cabeza una mitra hecha de plumas de águila, con muchas otras plumas y penachos en el remate y puntas y en medio de todo este adorno un pedernal, a la manera que el de Huitzilpuchtli, cuya imagen era; a las espaldas llevaba un ornamento de un palmo en cuadro, hecho de tela o red, que llamaban ycuechin, atado a los pechos con unas cuerdas de algodón, y encima de el ycuechin llevaba una taleguilla, que llamaban ycpatoxi. Este mancebo, así adornado y vestido, bailaba en los bailes plebeyos este día, con los otros

danzantes, e iba delante de todos guiándolos, como representando que el dios cuya imagen era, les guiaba en todas sus batallas. A este mozo no sacrificaban como al dedicado al dios Titlacahua o Tezcatlipoca, sino de otra manera, la cual es: bailaba en las danzas comunes (como se ha dicho) y después de haber danzado se ofrecía a la muerte él, de su voluntad, sin obligarle nadie a ella, y esto a la hora que quería, tarde o temprano, conforme le parecía o se le antojaba; y muchos no tardaban mucho en ofrecerse y ponerse en las manos de aquellos infernales carniceros, pareciéndoles que lo más que tardaban perdían de gloria y bienaventuranza en la otra vida; porque tanto como esto los tenía engañados el demonio en esto de estimación y fama. Luego que se presentaba para el sacrificio le tomaban en los brazos los ministros diputados para ello, en los cuales le sustentaban sin llegar a la piedra ordinaria, ni a otra cosa alguna; y le partían el pecho y sacaban el corazón y cortaban la cabeza, y con mucha reverencia la ensartaban en el palo o percha donde ya habían puesto la del cautivo sacrificado y muerto a honra de Tezcatlipoca.

A esta fiesta llamaban los indios la fiesta de el incienso de Huitzilopuchtli, porque en ella no sólo incensaban todos los sacerdotes y sátrapas de el templo y todos los señores y gente principal de el pueblo, pero también toda la común y plebeya, así en el templo como en sus casas o en cualquier lugar que se hallaban. El incienso no era del ordinario que llaman copal blanco, ni de el incienso común que usaban, que lo hay en esta tierra mucho y muy bueno, sino de una goma o betún negro, a manera de pez, el cual licor se engendra en la mar, y sus aguas y olas lo echan en algunas partes a sus riberas y orillas, y le llaman chapopotli, el cual echa de sí mal olor para quien no le acostumbra a oler; y es intenso y fuerte. Con este hediondo incienso se incensaban, de cuyo olor se puede inferir su falsa y fingida deidad. Morían este día muchos cautivos por honra y servicio de este sudio dios Huitzilopuchtli. Luego por la mañana, y tras de este sacrificio, comenzaban los sacerdotes su baile que llamaban atepocaxilihua, y les duraba por todo el día, haciendo suspensiones y pausas para los inciensos y sahumeros con que incensaban. No es de poca consideración advertir que este mismo día los sacerdotes fajaban a todos los niños y niñas en los pechos y estómagos, y a otros en las muñecas y molledos de los brazos, como echándoles el hierro y señal de el demonio, a cuyo servicio se les ofrecían para que fuesen conocidos por suyos; así como Dios manda que los de su rebaño los unjan en los pechos con olio santo, y en las frentes con la cruz benditísima de su pasión y muerte; que con esto acostumbra Dios señalar a los suyos, como en otro tiempo con la circuncisión a los de su antiguo pueblo, y en éste con la cruz y crisma santa. Por lo cual dijo San Juan a los precursores y matadores, que se detuviesen en hacer la matanza, hasta que fuesen señalados los del pueblo de Dios y sus siervos en las frentes; que éste es como a manera de hierro, con que señala a los suyos, como hacen los señores de ganado, almagrando sus ganados con hierro y señal particular.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Apoc. 4.